

Infieles

Código de Ética (parte I)

Infieles

Código de Ética (parte I)

Gustavo Bolívar Moreno

eSediciones

Infieles. Código de Ética

© Gustavo Bolívar Moreno, 2008

© Actis production S.L., 2008

Calle Alto del León, 3-2ºB

28038 Madrid

Teléf.: 915 308 554 - Fax: 913 281 032

www.esediciones.es

Diseño de colección: Alejo Ruocco

Ilustración de portada: Iván Solbes

Servicios editoriales: Actis

ISBN: 978-84-936468-2-0

Depósito Legal: XXXXXXXXXXXXX

Impresión: Creapress

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito del editor.

Impreso en España

*Más que una dedicatoria, sea esta
una súplica inmensa de perdón
a quienes he fallado.*

A Marcolino, el Sensei Mayor

Índice

INTRODUCCIÓN	11
Del porqué un Código de Ética para Infieles	13
NOTA DEL AUTOR	15
ARTÍCULO UNO	17
<i>El infiel tiene la sagrada obligación de no dejarse sorprender</i>	
ARTÍCULO DOS	27
<i>Negar lo todo. Si es sorprendido in fraganti, el infiel debe negar el hecho...</i>	
ARTÍCULO TRES	33
<i>El infiel no pretenderá ni a los familiares ni a los amigos de su pareja</i>	
ARTÍCULO CUATRO	38
<i>El infiel no ridiculizará a su pareja ante sus amigos y familiares</i>	

ARTÍCULO CINCO	41	ARTÍCULO TRECE	68
<i>El infiel no entregará a su pareja los regalos que recibió de su amante, salvo aterrizaje de emergencia</i>		<i>Ante un reclamo justo de su pareja, el infiel no manipulará la situación a su favor con cinismo y habilidad</i>	
ARTÍCULO SEIS	44	ARTÍCULO CATORCE	70
<i>El infiel dará a su pareja mejores y diferentes regalos que los que da a su amante, con excepción de perfumes y lociones</i>		<i>Si va a separarse por estar con otra persona, el infiel no lo contará a su pareja</i>	
ARTÍCULO SIETE	49	ARTÍCULO QUINCE	73
<i>El infiel no robará a su pareja ni a sus hijos el tiempo que les pertenece...</i>		<i>El infiel está en la obligación de perdonar a su pareja si la descubre en un acto de infidelidad</i>	
ARTÍCULO OCHO	52	ARTÍCULO DIECISÉIS	76
<i>El infiel no calumniará ni apelará a los defectos de su pareja para justificar su deslealtad</i>		<i>El infiel no cometerá infidelidad cuando su pareja esté lactando, en la cárcel, enferma o en calamidad doméstica</i>	
ARTÍCULO NUEVE	54	ARTÍCULO DIECISIETE	78
<i>El infiel no usará su hogar para verse con su amante</i>		<i>Ante un divorcio por infidelidad, el infiel será justo en la repartición</i>	
ARTÍCULO DIEZ	60	ARTÍCULO DIECIOCHO	84
<i>El infiel cuidará de la salud de su pareja...</i>		<i>El infiel no se referirá a su pareja en los mismos términos en que se refiere a su amante</i>	
ARTÍCULO ONCE	63	ALGUNOS AVANCES TECNOLÓGICOS EN MATERIA DE INFIDELIDAD	88
<i>El infiel no invitará a su amante con el dinero de su pareja</i>			
ARTÍCULO DOCE	65	EPÍLOGO. ANÉCDOTA	93
<i>El infiel no negará a su pareja ni ilusionará a su amante con futuras separaciones</i>		CARTA ABIERTA A LOS INFIELES DEL MUNDO	94

Introducción

La infidelidad es tan antigua como el amor y sólo trece o catorce años menor que aquel. Y tan antiguo es el debate sobre la condición monogámica o poligámica del ser humano como la humanidad misma. En la definición de este silogismo han jugado un papel importante todas las religiones del mundo, ya que mientras entre los musulmanes está institucionalizada la poligamia masculina, apoyándose en un precepto del Corán según el cual «un hombre puede poseer tantas mujeres como mujeres pueda mantener», los católicos profesan la monogamia, la unión de un hombre y una mujer «hasta que la muerte los separe».

Para algunos, la infidelidad es una cuestión biológica que nada tiene que ver con el pacto social o cultural que la ha prohibido y reprochado moralmente, sobre todo en Occidente. Un pacto social en el que han participado instituciones como la familia, la escuela, la religión y la autocensura moral. Porque de todos es sabido que los pocos fieles que existen en la religión católica actúan más por imposición que por convicción.

Así pues, no todos los infieles son seres abominables como parecen. Son bandidos adorables y anónimos que

huyen solitarios por los confines oscuros de la lujuria, tratando de sobrevivir al qué dirán, pues saben que si se descubren sus fechorías, serán juzgados *de facto*. Saben que, posiblemente, perderán a su pareja y a sus hijos, y que dejarán en ellos una imagen fatal que puede conducirlos al odio.

Pero, más peligroso que ser infiel es hacerlo con sevicia y torpeza, sin poseer unas reglas mínimas que conviertan esta actividad en algo más humano lejos del sofisma justificador de que el infiel es capaz de amar a varias personas al mismo tiempo. Pero no es cierto: lo que ocurre es que ama una faceta de una persona, una virtud de otra, un rasgo físico de una, la forma de ser de otra, la historia de esta y las habilidades sexuales de aquella. Del mismo modo, aborrece en cada una de ellas sus defectos y falencias, especialmente las que se oponen a sus andanzas.

Y no quisiera provocar una tercera guerra mundial, pero me atrevo a decir, con conocimiento de causa, que «casi todos» los humanos somos infieles en potencia. Que algunas personas no consuman el hecho es distinto a que, al menos, no lo hayan pensado alguna vez. Así que, si no queremos tener un aterrizaje forzoso en el amor, dejemos de idealizar nuestras relaciones y entendamos que, al igual que nosotros, nuestras parejas también tienen debilidades.

Y si tu machismo o feminismo no te permite aceptar que tu pareja te pueda fallar algún día, entonces trabaja muy duro el día a día, el detalle, la palabra de amor, la flor, el poema, la serenata sin motivo, el abrazo al final del camino, la invitación a cenar, al cine o al concierto, la disposición a hacer cosas distintas en la cama, el sexo desinhibido, la dedicatoria de una canción, la foto en pareja, el sueño, la ilusión, el viaje, el regalo, la llamada, el mimo, el cariñito, el piropo, el *te amo*, la felicitación, el *te extraño*, el *te pienso*, la salida a bailar, el brindis espontáneo. Sólo

así podrás evitar que el monstruo de la lujuria se manifieste en tu ser amado y que los malos pensamientos se enquisten en su mente, en su corazón y en sus genitales.

Del porqué un Código de Ética para Infieles

La idea de plantear un Código de Ética para infieles puede sonar agresiva, grosera o un tanto cínica, pero reconoce con realismo y madurez que algunos seres humanos no pueden luchar contra su naturaleza y sus costumbres, contra sus debilidades o el mito de la monogamia.

Varios científicos interesados en el tema tratan de llegar a conclusiones serias acerca de la condición monogámica o poligámica de los humanos. De hecho, se están realizando sendas investigaciones con animales para demostrar que existen dos clases de monogamia: la monogamia social y la monogamia sexual. En otras palabras, lo que se aparenta y lo que se es.

Dicen los psicólogos que las motivaciones y las consecuencias de la infidelidad varían si es cometida por un hombre o por una mujer. En el hombre, sostiene, puede tratarse del simple acto de desfogar una necesidad. El famoso manjar que, aunque se sabe dañino para la dieta, a veces resulta inevitable. En muchos casos, el acto de infidelidad en el hombre no compromete su relación matrimonial o su noviazgo. En cambio, los estudios afirman que si el acto de infidelidad es cometido por la mujer, las consecuencias pueden ser distintas y más dañinas para la relación.

La causa debe buscarse en el hecho de que, en una relación extramatrimonial, el hombre puede estar entregando únicamente el pene, mientras que la mujer puede estar entregando algo más que la vagina... por ejemplo, el corazón.

Y así parece ser, pues se sabe que muchas mujeres no abren las puertas de la aventura si no existe previamente una atracción muy fuerte o, cuando menos, un sentimiento incipiente por el candidato a amante. No en balde, la mayoría de las investigaciones dan cuenta de que el 60% de los hombres estarían dispuestos a ser infieles mientras que en las mujeres este porcentaje es apenas del 35%.

Así que, partiendo de la premisa de que los infieles perdurarán hasta el fin de la humanidad, vale la pena, al menos, fijar unas reglas de juego de manera que esa práctica tan gozosa para quienes la cometen pero tan dolorosa para quienes la sufren, se torne más humana y responsable, si resultare, repito, inevitable.

El autor, en uso dudoso de sus facultades mentales y teniendo en cuenta la solidaridad que le despiertan los cornudos y las cornudas de todo el mundo por causa de las aberraciones que cometen los infieles contra ellos y ellas, pone a consideración de quien quiera acogerlo el siguiente Código.



Muchos de los casos que ilustran este libro están inspirados en los personajes de *Infieles Anónimos*, una serie de televisión que escribo para el canal RCN de Colombia con producción de FOX Telecolombia. Asimismo, cuando los casos están inspirados en la vida real, se advierte que los nombres que aparecen en los ejemplos que siguen han sido cambiados o inventados y que el género más usado para dramatizar estos ejemplos es el masculino aunque los casos sucedan tanto en mujeres como en hombres infieles.

Marcolino es un personaje que guiará buena parte de las historias. Está inspirado en un personaje de la vida real pero muchas de sus acciones son ficticias.

Cualquier parecido con la realidad es, queridos lectores, más que pura coincidencia.

Artículo Uno

El infiel tiene la sagrada obligación de no dejarse sorprender

Doña Margarita Martínez, una ama de casa más amable que cariñosa y más caritativa que hermosa en el sentido físico, llevaba quince años de casada con Javier Domínguez, un vendedor de seguros muy simpático y bonachón cuyo único defecto era el de ser mujeriego. Este matrimonio transcurría normalmente, es decir, con las alegrías y las desdichas que pueden albergar los hogares de clase media de cualquier ciudad del mundo. Tuvieron dos hijos y una hija que, al momento de la separación, porque se divorciaron, tenían 12, 10 y 8 años respectivamente.

El día de la boda, doña Margarita tenía 26 espléndidos años con todo y lo que esa magnífica edad le depara a quienes la poseen. Una inteligencia rápida, muchos sueños, un cuerpo armonioso aunque no tan protuberante, unos senos duros como pan viejo, una cara graciosa que se iluminaba al sonreír, y muchos deseos de aprender de los mayores, entre ellos su nuevo esposo Javier, quien para entonces tenía 32 años.

Los primeros dos años transcurrieron en medio de un idilio que ellos compararon, no pocas veces, con el de Romeo y Julieta. De hecho, algún día los visitó un amigo escritor que vivía en un país lejano y no se sonrojaron al

pedirle que considerara la posibilidad de escribir su historia de amor. Le advirtieron que ninguna pareja en el mundo se entendía mejor tanto en la cama como en el supermercado y se amaba más que ellos, a pesar de la oposición que había ejercido la familia de Margarita sobre su matrimonio, una especie de Capuletos aterrados ante la posibilidad de que su Julieta amada se casara con un Montesco, léase, vendedor de cachivaches a domicilio.

Pero justo a los pocos meses llegó la noticia que faltaba para completar una felicidad que ellos ya creían completa y eterna. La llegada de Paco. Se deshicieron en cariños mutuos, gastaron todos sus ahorros en ecografías y en la compra de utensilios, trajes, cunas y un sinnúmero de aparatos para que el niño creciera superdotado y hasta obtuvieron la tan anhelada aceptación de los padres de Margarita.

Al nacer Paco pesó 3 kilos y medio, 500 gramos más que el promedio, y se dedicó a mantener su forma mamando las tetas de su madre a razón de entre 10 y 12 veces al día. Al cabo de los seis primeros meses, el bebé parecía de un año, y su madre, que apenas tenía 29 años, parecía de 35. Sus senos lucían completamente ajados, su pelo enmarañado, su cuerpo deformado y su rostro dejaba entrever algunas manchas de aquellas que los médicos suelen calificar de «normales» en algunas mujeres recién paridas. Para agravar más aún el panorama, Margarita desvió todas sus atenciones hacia el nuevo miembro de la familia y empezó a padecer de «dolores de cabeza» cada vez que Javier intentaba seducirla.

Aunque se mantuvo el cariño, las relaciones sexuales colapsaron y Javier empezó a sentir la necesidad de desfogar sus ímpetus en otra mujer. En las primeras semanas se conformó con masturbarse pero llegó el momento en que las compañeras de trabajo, que antes le parecían normales,

le empezaron a parecer hermosas. Verdaderas reinas de belleza. Empezó a llegar tarde a casa. Y a llegar con detalles que nunca antes había tenido, como flores frescas y cremas para corregir todo tipo de defectos físicos. Y empezó a encontrar disculpas para no acompañar a su esposa y a su bebé al médico o al mercado.

Margarita, que nunca había actuado con el coeficiente intelectual de las tontas, intuyó que algo andaba mal y que, posiblemente, su esposo le estaba siendo infiel. Entre otras cosas porque sus peticiones de hacer el amor habían disminuido ostensiblemente al mismo ritmo con el que su vestuario nuevo estaba cambiando. Muerta de celos, decidió recolectar pruebas para cerciorarse de que sus sospechas eran ciertas. Cada noche, cuando su esposo caía derrotado por el cansancio o quién sabe por qué otra cosa, empezaba a escudriñarle la cartera, el teléfono y hasta las prendas de vestir en busca de la prueba inculpatoria.

Pero nunca la encontró, porque tras dos caídas estrepitosas, Javier había aprendido desde el noviazgo el excelso arte de esconder pruebas. Y lo aprendió con tal maestría que pasaron varios años y dos nuevos hijos sin que Margarita pudiera comprobar nada a pesar de que, para entonces, Javier ya contaba en su haber con más de una docena de relaciones extramatrimoniales. Borraba los mensajes que llegaban a su móvil, borraba el rastro de las llamadas hechas y las llamadas recibidas. Mantenía limpio el buzón de mensajes, jamás entregaba a ninguna mujer el teléfono fijo de su casa. Nunca llegaba a casa con los regalos de sus amantes y jamás contestaba una llamada a altas horas de la noche.

Margarita, que estaba segura de lo que estaba sucediendo, lo encaró un día. Esa noche le pidió a su madre Capuleto que le cuidara los niños y lo invitó a cenar. En medio de un par de vinos blancos helados y a la luz tenue

de una vela del mismo color, le reiteró su amor, le reconoció su tesón para sacar adelante a los niños y renovó su deseo de estar con él el resto de días que le quedaban de vida. Javier también le aseguró que la amaba, lo cual era cierto, le prometió estar con ella hasta que alguno de los dos muriera y le hizo prometer que «pasara lo que pasara» jamás se iban a separar. Margarita se quedó pensando en la frase entrecomillada y destapó sus cartas. Las cartas de la desconfianza. Le dijo que ella sabía, desde hacía varios años, que él le era infiel. Con una sonrisita nerviosa, Javier lo negó. Reconoció que ella había bajado la guardia en cuestiones sexuales pero justificó su comportamiento en la vergüenza que le causaban sus estrías y en la piel que ahora le sobraba en el vientre. Le dijo también que ella le dedicaba todo su tiempo a sus tres hijos y que, al llegar la noche, ya no tenía ganas de otra cosa que no fuera dormir.

Javier le dijo que se despreocupara por su figura porque su amor era verdadero y no estaba ni contaminado ni condicionado por su físico. Sin embargo, aceptó que su desinterés por el sexo sí le preocupaba y hasta se ofreció para encontrar una niñera que la librara de, al menos, la mitad del oficio, y también se ofreció para contactar a un terapeuta sexual que les devolviera la ilusión. Margarita aceptó los dos ofrecimientos pero no quiso que el camarero sirviera los langostinos al ajillo que habían pedido sin despejar una duda que la venía atormentando desde tiempo atrás. Le preguntó sin tapujos ni consideraciones y con una buena dosis de aparente tolerancia por el número de mujeres que él había tenido durante todos esos años. Muy inseguro, Javier le dijo que ninguna. Él sabía que aceptarlo significaría el final de la relación y se ratificó: ninguna. Ella le dijo que no le creía pero le pidió un favor que Javier pudo cumplir sólo por un tiempo:

—Tienes que saber hacer muy bien tus cosas. Te agradezco por el cuidado con el que borras las evidencias y la manera como me tratas después de estar con tus amantes pero, por favor, no te dejes descubrir. Jamás te dejes pillar o nuestro matrimonio se acaba. Mi amor se basa en la admiración y si alguna vez me consta que eres infiel, mi admiración se irá al piso y con ella mi amor por ti.

También le dijo que, si era infiel, lo fuera con varias mujeres o con una prostituta, pero nunca con una sola mujer. Intrépida petición pero muy razonable, pues a Margarita le había contado una amiga que su marido era infiel con muchas mujeres y que sólo las tenía por pasar el tiempo, para hacer sus necesidades, algo así como caprichos gastronómicos, pero que el día que se enredó con una sola la cambió para siempre. Lo perdió.

Ruborizado por las palabras de su esposa, Javier le garantizó que ella jamás lo iba a descubrir en malos pasos porque él no estaba dispuesto a perder su matrimonio por una debilidad. Y yo estaba escribiendo el final pragmático y feliz del matrimonio Domínguez Martínez cuando me llamó Javier para contarme que se estaba separando de Margarita. No tuve necesidad de pedirle que me contara las razones de su divorcio con la buena pero despreocupada y corajuda Margarita.



Dentro de lo ético que resulta no dejarse sorprender en infidelidad, veamos el siguiente y brillante caso en el que dos hombres ponen todo su ingenio para no despertar sospechas entres sus esposas durante una larga jornada de pesca.

Daniel es un hombre muy apuesto y cariñoso que está despidiéndose de su esposa Nancy, una señora distinguida pero insegura de su belleza, conciente de que el hecho de tener una hija con Daniel no es prenda de garantía suficiente para retenerlo. Él, por capricho de ella, luce una camiseta blanca, percutida y corroída por la mugre y una gorra de color gris deshilachada por el tiempo. No se afeita hace tres días y en lugar de zapatos luce unas botas pantaneras de caucho que en pocas horas le producirán olores nauseabundos en sus pies. Nancy está satisfecha porque, a diferencia de otros días, su esposo no saldrá a la calle con traje y corbata y, además, perfumado. Tampoco acudirá a su oficina en su deportivo sino en un auto viejo que fue de su familia y que él heredó a los 18 años, cuando aprendió a conducir.

Al despedirse, Nancy le da un beso, coloca unas raciones adicionales de comida en su mochila, le desea buena pesca y le entrega las carnadas que Daniel conservaba en la nevera desde hacía dos noches, cuando había hecho los preparativos.

Daniel sale de su casa aparentando estar consternado por los tres días que tardará en regresar y mira a su esposa desde la ventana del auto. Ella le dibuja en el aire una bendición al tiempo que recibe con ilusión un beso que él estampa en su mano y echa a volar con un soplando. En señal de que lo ha recibido y lo ha embolsillado en su alma, ella asiente feliz apretando los labios, aguantando la salida de un par de lágrimas. El vetusto auto de Daniel se pierde en la distancia y Nancy regresa a sus labores, limpiando con su antebrazo las dos lágrimas que ya no puede contener.

Dos manzanas más adelante, Daniel se encuentra con su amigo Ariosto Camacho. El pícaro se burla por su mala

facha, le guiña el ojo y le pide que lo siga. No tardan en llegar a un garaje donde Daniel y Ariosto guardan sus autos y se suben a una camioneta último modelo que han rentado y que el dueño del parking les guarda desde la noche anterior. Para tranquilizar a su esposa, porque también es casado, Ariosto también se ha puesto su peor facha.

Se dirigen a una tienda de ropa fina y compran prendas de vestir, calzado y lociones para tres días. En el probador de la tienda se cambian las ropas viejas por las nuevas y comienza la aventura. Luego recogen a sus amigas, dos espectaculares mujeres con las que se encuentran desde tiempo atrás, y se van de viaje a un balneario de clima cálido a tres horas de distancia de la capital. Allí pasan con sus amigas unas vacaciones inolvidables que los hace consumir mucho alcohol, mucho sexo y mucha música.

Finalmente regresan a la ciudad, donde sus esposas los esperan con ansiedad y un lugar en la nevera para ubicar el producto de la pesca. Aunque no hay pesca, ellos no se preocupan. Dejan a sus amantes en sus casas, llegan al garaje donde guardan sus autos viejos, cambian sus ropas nuevas por las ropas deterioradas con la que salieron de casa, se revuelcan una y otra vez contra el suelo y las ruedas de los autos hasta lograr un efecto de desgaste y se van con sus trastos viejos a la plaza del mercado.

Allí buscan al vendedor de pescado y le piden que, por favor, les venda los mejores y más frescos ejemplares que tenga en su canasta. Los introducen con hielo en las neveras que habían llevado para tal fin y se marchan.

En casa son recibidos como héroes por la excelente pesca y sus esposas, esperanzadas en capitalizar sus deseos sexuales de tres días, les cocinan los pescados más grandes. Pero ellos «están cansados» porque en todo ese tiempo no pudieron dormir y piden aplazar «el reencuentro».

Ellas aceptan con cariño el desafortunado aplazamiento de la faena mientras ellos, con evidente y real sueño, inventan todo tipo de historias fascinantes para completar la mentira. Sus esposas duermen felices y ellos se salen, una vez más, con la suya.

Marcolino Aconseja

Tanto para cometer infidelidad como para descubrir actos de infidelidad las mujeres son más inteligentes que los hombres. En el primer caso porque ellas son más cuidadosas con el ocultamiento de pruebas, usan más y mejor la memoria y no olvidan detalles. Siempre van un paso más adelante que los hombres. Y si las llegaran a descubrir, ponen a funcionar el arma más letal que existe en la tierra contra las sospechas. Las lágrimas. En el segundo caso, son más sabuesas. Sospechan de los pequeños detalles a sabiendas de que los hombres sólo nos afanamos por ocultar los grandes. Rastrear, huelen, tocan, observan. Detectan inmediatamente cualquier cambio en el comportamiento o las actitudes de su hombre. Y, como si fuera poco inventan estrategias contundentes para llegar a la verdad.

Marcolino fue víctima de una de estas estrategias. Su primera esposa, la linda Wendy Marcela, empezó a sospechar de sus andanzas. Llegaba tarde, nervioso, cariñoso, más atento que de costumbre, con detalles que antes no tenía. Se inventaba un viaje sin motivo en cualquier momento y al jefe le dio por citarlo a cenar a razón de dos veces por semana. Todo esto hizo que Wendy se llenara de motivos para creer que su Marcolino querido le estuviera siendo infiel. Por eso echó mano del trillado método de regalar 10 para sacar 20 y lo citó una noche en un lugar lejano del hogar.

—Tenemos que hablar de algo muy delicado— le dijo.

En el lugar acordado, Wendy lo abordó sin anestesia y le contó que ella le estaba siendo infiel. Desde luego el despistado Marcolino se echó a reír a sabiendas de lo incapaz que era su esposa de acostarse con otro hombre. Pero ella se quedó mirándolo con seriedad y le repitió la dosis de mentiras:

—Marcolino te estoy confesando que te estoy siendo infiel. Si no me quieres creer allá tú pero conste que cumplí con el deber de contártelo.

Inmediatamente Marcolino entendió que su esposa estaba hablando en serio y empezó a sudar. Sus pies, sus genitales, sus axilas, su frente y su espalda se humedecieron con un sudor helado que luego empezó a recorrer las pocas partes de su cuerpo que aún se mantenían secas. En su garganta un balón de fútbol le empezó a impedir la respiración y la saliva se tornó salada y delgada en su boca. Marcolino no podía creer lo que estaba escuchando pero su mujer fue enfática en recalcar que estaba hablando en serio.

Cuando Marcolino le quiso preguntar por los detalles de su infidelidad, altura, peso, color de ojos, tamaño del pene, edad, profesión, etc., Wendy le anunció que ella no le iba a contar nada a menos que él también tuviera la confianza suficiente para contarle sobre sus aventuras. En un comienzo Marcolino intentó negarlo pero ella lo llenó de confianza para que le dejara conocer su lado oscuro. Y el imbécil de Marcolino cayó, redondito, como dicen en mi tierra. Llevado por la curiosidad de conocer los detalles físicos y los datos sociales del amante de Wendy y con el deseo de revancha por lo que ella le estaba haciendo, Marcolino se destapó, por completo y le confesó cerca de una docena de actos de infidelidad con igual número

de mujeres. Y cuál sería la sorpresa del pobre Marcolino cuando su esposa se levantó de la mesa, le asestó un par de bofetadas y le dijo a punta de gritos que ella había inventado el cuento de un amante para que él también le contara sobre las suyas.

